

confesor ó director, un simple cura de San Sulpicio, pero que rehusó obispados y arzobispados, La Chetardie, inteligencia extraordinaria, se preparó con tiempo á la ciencia fundamental del catecismo. Y como si el amor á la edad de la inocencia fuese la condicion de la superioridad, empezó por *llamar á sí* y catequizar á *los niños*, antes de instruir á los grandes y al gran siglo. Su obra, que toda su vida perfeccionó en numerosas ediciones, es, segun el dictamen de los mas grandes maestros y de los mejores jueces en la materia, la mejor de todas las obras de este género: se la puede considerar como el *Catecismo de los catecismos*. No se halla en ella una *palabra* que no espresé un *pensamiento*, un pensamiento que no sea una *prueba*, ó que no concorra á una prueba de *verdad* necesaria ó util, ni una verdad que no obligue, de cerca ó de lejos, á un *buen propósito* ó á una *buena obra*. Tal es la única literatura verdadera, y la única tambien que progresa y que dura. Este excelente catecismo, del que se hicieron muchas ediciones en los siglos XVII y XVIII, habia llegado á ser tan raro y tan deseado en nuestros dias, que costaba sumamente caro. Un librero de Bourges, que es precisamente donde se publicó el libro por primera vez, acaba de hacerle reimprimir, y ya está casi agotada la edicion. En la obra de La Chetardie todo es sencillo, grande, y á veces sublime: citemos algunos rasgos á la casualidad: « Los hombres han sido creados de cuatro maneras diferentes: *Adan*, de Dios solo; *Eva*, de un hombre

solo; *Abel*, de un hombre y de una muger, y el *Verbo encarnado*, solamente de una muger. — Como en el cielo Jesucristo es engendro de un padre sin madre, es en la tierra engendro de una madre sin padre. — El segundo Adan debia ser formado de una tierra virgen, aun mas que el primero. — El hijo único del padre debia ser en la tierra el hijo único de su madre. — El simbolo no nos dice nada de la vida oculta del hijo de Dios, y pasa de su nacimiento á su Pasion; para enseñarnos que no vino al mundo mas que para morir. — El hombre se basta á sí mismo para herirse, pero no se puede curar sin médico. — El que nos ha hecho sin nosotros no nos salvará sin nosotros. — Tan grande es la bondad de Dios para los hombres, que quiere que lo que les da sea mérito de ellos; y tal es la indigencia del hombre, que no puede agradar á Dios sino con los dones que ha recibido de él. — Entre tanto los justos están mezclados con los pecadores, sin que muchas veces se los pueda distinguir en esta vida, así como no se distinguen los árboles vivos de los que murieron en invierno. — Jesucristo quiso encubrirse bajo las especies eucarísticas para castigar el orgullo del hombre, cuando quiso experimentar si moriría comiendo del fruto que veia; porque es preciso ahora que crea que vivirá si come del fruto que no ve. — ¿Por qué no estás tan enagenado y solitario, cuando comulgas, que te parezca en aquel momento que no hay en el mundo mas que Dios y tú? — El rico no se fia tan fácilmente como el pobre en el auxilio del cielo:

porque ¿como habia de poner su confianza en el auxilio divino, que no ve, y no en el de su dinero, que ve? El pobre, que prueba frecuentemente los efectos de la Providencia, espera mas en el ayuda del cielo, que es liberal con él que en la de la tierra que le es tan ingrata. — La Chetardie unió á su *Catecismo* varios opúsculos, que son otras tantas pequeñas obras maestras en una grande; por ejemplo, *Varios motivos para una religiosa obligada á recitar el oficio en una lengua que no entiende*, quince páginas que desmoronan en sus cimientos una de las grandes bases de la reforma.

Puede juzgarse de la superioridad religiosa de los seminarios por la superioridad filosófica y aun política de uno de sus últimos directores, el presbítero Emery, de San Sulpicio, autor de los análisis de *Leibnitz*, de *Bacon*, de *Descartes*, obras maestras, capaces ellas solas de convertir á los hombres de buena fe de todos los partidos; — convertidor personal de Fauchet, de Lamourette, etc., con quienes se halló preso en la *Conciergerie*, — y bastante habil para admirar al mismo Bonaparte, que empezaba á no admirarse de nada¹, dice el último *historiador de Pio VII*².

¹ Continuaba entre tanto la persecucion, dice el último *Historiador de Pio VII*; trece cardenales habian sido presos, desterrados, dispersados en varios puntos de vigilancia; el mismo papa, prisionero en Savona, era objeto de las mas odiosas medidas; ibanle quitando uno á uno sus mas leales servidores, y se apoderaban de sus

² El caballero Artaud. — N. del T.

Despues de la fundacion de los catecismos y de los seminarios, obra del clero, ó mas bien simultánea-

papeles y aun de sus breviarios. Treinta obispos franceses reclamaban la institucion, pero interrumpidas las comunicaciones por la bula de excomunion, el papa no podia darla. Napoleon convocó una junta eclesiástica en la que figuraban los cardenales Fesch y Maury, y el arzobispo de Malines, M. de Pradt. Un simple sacerdote, el presbítero Emery, hombre recomendable por su sabiduría y su alta virtud, confundió en ella con admirable sencillez el orgullo del vencedor de los reyes de la tierra. Dirigiéndose á él con una mirada que parecia querer imponer la sumision, díjole Napoleon: «Y vos, ¿qué pensais de la autoridad del papa? — M. Emery, volviendo la vista respetuosamente á los obispos, como para pedirles licencia para responder, replicó con serenidad y mansedumbre: «Señor, yo no puedo tener otro sentir sobre ese punto mas que el que se contiene en el catecismo que se enseña por orden de V. M. en todas las iglesias. Ahora bien, á la pregunta: «¿Qué es el papa?» el catecismo responde que es el cabeza de la iglesia y el vicario de Jesucristo, á quien todos los cristianos deben obediencia.» Napoleon quedó sorprendido de esta respuesta, repitió entre dientes la palabra *catecismo*, y pasó á otro punto.

«Yo no niego la potestad espiritual del papa pues que la ha recibido de Jesucristo, dijo, pero Jesucristo no le dió la potestad temporal. Carlomagno se la dió, y yo, *sucesor de Carlomagno*, quiero quitársela, porque no sabe usar de ella, y porque le impide ejercer sus funciones espirituales. «Opúsole M. Emery aquel pasage tan notable de Bossuet, en la *Defensa de la declaracion del clero*, en que se dice: «Hásele concedido á la sede apostólica la soberanía de la ciudad de Roma y otras posesiones, á fin de que la santa sede, mas libre y mas segura, ejerciese su potestad en todo el universo. Por ello damos el parabien no solo á la sede apostólica mas á toda la Iglesia universal, y pedimos con los mas fervientes votos que, de todos modos, quede ileso ese *sacro principado*».

«Quedó pensativo Napoleon y replicó con bastante blandura: «Todo eso era cierto en tiempo de Bossuet, cuando la Europa reconocia muchos señores: no era conveniente entonces que el papa

mente, porque todas las necesidades y todos los remedios van de frente en la sociedad, el clero se apoderó también, siempre en calidad de *primer ocupante*, de la enseñanza literaria y científica, fundando todos los colegios y todas las escuelas, y profesando en las más célebres. La universidad, que tantas veces se ha mostrado ingrata, es, como la monarquía, una *hija*¹ *primogénita de la Iglesia*². Hemos consagrado una parte de esta obra á bosquejar, aunque muy imperfectamente, el inmenso cuadro de sus fundaciones científicas.

Si, ahora, considerando menos el genio según Dios que según las ideas mundanas, tendemos la

estuviese sometido á un soberano particular: pero ¿qué inconveniente hay en que el papa esté sometido á mí, ahora que la Europa no conoce más Señor que yo solo? — Hay en las inteligencias rectas una especie de don profético: el presbítero Emery habló como inspirado al pronunciar esta sencilla y hermosa respuesta: « Señor, V. M. conoce también como yo la historia de las revoluciones: lo que existe ahora puede no existir siempre, y los inconvenientes previstos por Bossuet podrían renacer. No debe, pues, alterarse un orden tan juiciosamente establecido. »

« Al día siguiente de aquella sesión, habiéndose llegado el cardenal Fesch á hablar de negocios eclesiásticos al emperador, este le dijo: « Callad, vos sois un ignorante: con quien quiero hablar es con M. Emery, que sabe la teología. Un hombre como él me haría hacer cuanto le diere la gana y acaso más de lo que yo debiera. »

¹ Sabido es que los reyes de Francia ó *cristianísimos*, tenían el título de *hijos primogénitos de la Iglesia*. — N. del T.

² El sabio Pasquier dice formalmente que la universidad fué fundada y aun tuvo sus cátedras en la *Iglesia de Nuestra Señora*, y que luego separaron las artes para enseñarlas en la *Iglesia de San Julian*.

vista sobre su historia, no vemos verdaderamente á su cabeza más que eclesiásticos regulares ó seculares; y puede decirse de cada uno de los grandes hombres que vamos á citar:

« Uno de esos hombres-siglo

« Que dan su nombre á una edad. »

Principalmente desde el cristianismo, los verdaderos *enciclopedistas*, es decir los sabios más *universales* y más *metódicos*, tienen todos, en efecto, el carácter sacerdotal, porque, desde aquella época, nada hay *universal* ó *católico* más que la Iglesia. ¿Quién, en efecto, se elevó á mayor altura en los cielos, penetró más á fondo en la tierra, conoció mejor al hombre y á la sociedad, no diré que Moisés ó san Pablo (porque estos no son hombres), pero que Orígenes, san Basilio y san Ambrosio, en los primeros siglos de la Iglesia; — Alberto el Grande, Tomas de Aquino, Vicente de Beauvais, Roger Bacon, en la edad media; — el Tostado, Tolet, Suarez, Petau, Kircher, Gassendi, Gerdil, Liguori, Para du Phanjas, en los tiempos modernos? — Orígenes es el primer comentador de toda la Escritura santa, el atrevido autor de la primera teología, y el maestro, desde la edad de diez y ocho años, de todos los grandes hombres de la escuela de Alejandria. — San Basilio y san Ambrosio parecen elevarse y trasportarnos con ellos hasta el tercer cielo, en sus *Tratados de la Creación*¹. Sabían además la medicina y aun la mú-

¹ Cuando tengo en la mano ó en los labios el *Exameron* de S.

sica. — San Gerónimo es tan sabio y al mismo tiempo tan sólido, que parece haber puesto desde el origen la Biblia toda entera al alcance de todas las naciones y de todos los siglos. — Alberto el Grande, juntamente teólogo profundo, profesor europeo, químico creador¹, mecánico sorprendente y maestro de santo Tomas de Aquino, cuya admirable *Suma* es ley hace seiscientos años en la Iglesia, y aun en las escuelas. «Tantos artículos como milagros,» dijo de este libro un gran Papa. — Roger Bacon, en cuya *Opus majus* se halla hasta el célebre *Calendario gregoriano*; — Vicente de Beauvais, menos célebre, pero igualmente digno de serlo, publicó antes que él, y con la protección de san Luis, su amigo, en diez tomos en folio, bajo el título de *Speculum majus*, una *Biblioteca del mundo*, que un corto número de inteligentes consideran como un libro de primer orden. — Al Tostado, doctor de Salamanca, juntamente eclesiástico y hombre de Estado, orador en los concilios y en las cátedras públicas, y escritor en el retiro, le consideraba como una *maravilla del mundo* Belarmino, que no se asombraba fácilmente, y mereció que se dijese de él:

Basilio, dice S. Gregorio Nazianceno, trasportado con él al trono del Creador, comprendo toda la economía de su obra. (*Enc. Sanc. Bas.*)

¹ Todos los historiadores de la naturaleza le reconocen por el inventor del zinc, del bismuto, del arsénico, como también por constructor de cabezas *casi-hablantes*, y aun del imán, de la brújula, etc.

Hic stupor est mundi, qui scibili discutit omne.

Siguen inmediatamente á este grande hombre otros grandes hombres en su patria: Toletó, á quien el mismo Gregorio XIII hacia censor de sus obras, que representó á seis Papas en las cortes, y que mereció la gratitud de la Francia por haber reconciliado á su Enrique IV con la santa Sede; — Suarez, cuyo *Tratado de las leyes* admiraba el presidente Bouhier en su Teología; — Petau, autor de los *Dogmas teológicos*, de la mas sabia y de la mas exacta *Historia universal*, y de un sistema astronómico, bajo el título de *Uranologion*; — Kircher, cuyos *Ars magna sciendi*, *Mundus subterraneus*, *Arithmologia*, etc., hacian decir al conde de Maistre que, *si hubiera nacido en Londres, estaria su busto sobre todas las chimeneas*; — el cardenal Gardil, admirado por d'Alembert y por J. J. Rousseau; — Liguori, cuyas *Obras* tan sabias, tan demostrativas como humildes (no son mas que una reproducción metódica é ingeniosa de todos los hermosos pensamientos de la Iglesia universal), han llegado á ser, en poco tiempo, la base de todas las escuelas, y acaso de todas las virtudes de nuestra época; — y, en fin, Para du Phanjas, el ilustre olvidado del siglo XVIII, cuyas dos admirables *Teorias de los seres sensibles é insensibles*, forman la mas verdadera enciclopedia de los tiempos modernos. De tales ingenios es de quienes principalmente debe decirse lo que decia Pope de Newton:

La naturaleza entera
 Yacia en la oscuridad :
 Dijo Dios : Que Newton sea :
 Y todo fué claridad.

¿Queremos saber por uno de ellos el secreto de su universalidad científica? el teólogo de Nazianos nos la da en bellísimos versos (porque también era poeta) : « Nunca tomé á pechos otra gloria que la de iniciarme en todas las ciencias que han reunido el Oriente y el Occidente. A grandes y largos trabajos me he entregado para adquirirlas, á fin de ponerlas á los pies de Jesucristo, de quien emanan, y de someterlas á la palabra del Omnipotente.»

Si consideramos el genio en sus relaciones con especialidades que también pueden llamarse universales y católicas, los más grandes hombres son seguramente: — entre los fundadores, los legisladores ó los conductores espirituales de los pueblos, Moisés, san Gregorio el Grande, Gregorio VII, Pio V, VI y VII, pontífices; — san Francisco Javier, apostol único; — san Basilio, san Ambrosio, san Jerónimo, sabios; — santo Tomas de Aquino, superior á todos los sabios posibles; — san Atanasio, santo Tomas de Cantorbery, modelos episcopales en los tiempos difíciles; — san Antonio el Grande, san Benito, san Bruno, san Bernardo, santo Domingo, san Francisco, san Ignacio, san Vicente de Paul, el presbítero De la Salle, casi canonizado, fundadores prodigiosos; — san Martin de Tours; — san Remi

de Reims, el patron de las Galias y el san Pablo de su siglo; — san Carlos Borromeo, san Francisco de Sales, Belzunce, etc.; — los dominicos sublimes, san Vicente Ferrer, Savonarole; — los franciscanos de este carácter, san Juan de Capistran, san Bernardino de Siena, san Pedro de Alcántara, á cuya voz salian los pueblos de su letargo; — los profesores, san Pantene, Amonio, gefes de la escuela de Alejandria; — Guillermo de Champeaux, Pedro Lombard, Alejandro de Halés, Alberto el Grande, Rodulfo Agricola, de las escuelas de Paris, etc., etc.; — Maldonat y los jesuitas de Luis el Grande; — los escritores teólogos, La Chetardie, Liguori, Muzza-relli; — los oradores de este género, Bourdaloue, Bridayne, etc.

Si el clero, esencialmente electivo, no ha ocupado el trono, porque este debe ser patrimonial en el interés de los pueblos, le ha sostenido colocándole junto al altar, y á veces también sirviéndole personalmente, en el *Ministerio* propiamente tal, con una moderación y un lustre incomparables.

Desde la introducción del cristianismo, los obispos, y á veces algunos santos sacerdotes, son los que monopolizan, por decirlo así, la ciencia y la gloria políticas: — un San Pablo es el primer ministro de Constantino el Grande; — un San Marcelino, el de Honorio, etc., etc.; — en Francia, una larga serie de obispos servidores, más célebres que sus amos, presiden á sus tiempos más arduos, los de sus conquistas y su fundación: en el siglo VII,

San Arnoul (tronco de los Carlovingios); San Ouen, San Eloi, San Cuniberto (este fué regente); San Leger, martir; — Eghinaldo, primer ministro de Carlo Magno; — Adalardo, primer ministro de Pepino, rey de Italia; — Adalberon, arzobispo de Reims, canceller de Hugo Capeto; — Suger, abad de San Dionisio, regente de Francia; — Guerin de Montagudo, obispo de Senlis, ministro de Felipe Augusto, durante cerca de medio siglo; — Mateo de Vandoma y Simon de Brion, luego papa bajo el nombre de Martino, bajo San Luis, etc.; — los cardenales de Dormans y de Amiens, uno canceller, otro superintendente de la hacienda, en tiempo de Carlos el Justo; — los cardenales de Montagudo, hermanos, cuya firmeza reparó y estuvo á punto de evitar las calamidades del reino, en tiempo del rey Juan, etc.; — el ilustre cardenal de Amboise, y aun Poncher, obispo de Paris, mas caros á la Francia, si es posible, que Luis XII; — el cardenal de Lorena, especie de ministro universal bajo cuatro reyes consecutivos. — Y en fin, para no citar mas que los mas célebres, el canceller Duprat, arzobispo y cardenal; — el canceller Du Vair, obispo de Lisieux, uno de los fundadores de la literatura francesa; — el cardenal de Richelieu, y el joven P. José, su ilustre cooperador, muerto en visperas de recibir el capelo de cardenal; — el cardenal Mazarino; — y en fin, como para coronar á todos los demas, el cardenal de Fleury, á quien el mismo Voltaire apellidó *el Sabio* y que, casi solo, y á los no-

venta años, tenia bastante fuerza para suspender en cierto modo la caida de la monarquia, durante el mas debil reinado de nuestros monarcas¹.

En las otras naciones, vemos los mismos sacerdotes políticos de primer orden: — Absalon, *primado del norte*, legislador y fundador de la Dinamarca, algo mas que todos los Valdemaros; — el abad Lanfranc, de Pavia, arzobispo de Cantorbey, primer ministro de Guillermo el Conquistador; — los dos Santos Tomas (Becket y de Chanteloup), cancelleres de Inglaterra; — el obispo de Winchester, Wicham, otro canceller de Inglaterra, que le debe sus universidades y sus colegios; — el cardenal Morton, de quien Tomas Moro tenia á mucha honra ser discípulo; — el cardenal Polo, de la familia real, el *último romano* entre los hombres de estado de su pais.

En España, los arzobispos de Toledo, primeros ministros, como por derecho natural: — Don Rodrigo, durante todo el reinado de Fernando V; — el cardenal de Albornoz que, en su retiro, pacificó la Italia; — el cardenal de Mendoza, apellidado por escelencia el *gran cardenal de España*, el cual designó á Jimenez á Carlos V, como Richelieu á Mazarino, á Luis XIV; — el cardenal Jimenez, el eterno maestro de los primeros ministros; — el cardenal Gatinara, canceller de Carlos V; el cardenal de Espinosa, de quien dice el historiador Luis de

¹ Luis XV. — N. del T.

Cabrera que tenia *el entendimiento tan grande como la monarquía que gobernaba*; — en fin el cardenal de Granvela, primer ministro de Felipe II, que ha merecido tener á Flechier por historiador.

La historia de la diplomacia propiamente tal, el mas delicado y difícil acaso de todos los cargos, pues que trata á la vez con los reyes y con los enemigos de los reyes, no ofrece ningun hombre comparable con los nombres eclesiásticos de Commendon, Juan de Moron, Bentivoglio, el cardenal de Estrées, el cardenal de Bernis, el *Mecenas de Roma*, el cardenal Consalvi, el P. Gil, dominico español, que no podia hablar á un hombre ó á una multitud, sin hacerlos el *hombre ó la multitud de su rey* desgraciado ¹...

El clero ha elevado á veces la estrecha diplomacia real hasta la popular y la universal. La *Vida de San Bernardo* no es aquí la única que puede citarse como una historia decisiva de la omnipotencia parlamentaria del sacerdocio, á cuya voz se convertian, para la emancipacion de la Europa, *la Europa en un desierto*, y *un sepulcro* en Asia, en una inmensa capital viva. Pudiéramos citar tambien, entre otros, un Pedro el *Ermitaño*, vicario general del Patriarca de Jerusalem; — un Adhemar, obispo de Puy, cuya grandeza es imponderable; — un

¹ El pretendiente don Carlos sin duda. Ignoro quien sea este P. Gil tan persuasivo é irresistible. Si el autor no le llamase dominico, creeria que habla del dignísimo y respetable jesuita, el P. Gil, último director del seminario de nobles de Madrid. — N. del T.

simple cura de Neuilly, Fulco, olvidado por los biógrafos, de quien dijo el ilustre Villehardouin, rehabilitado en nuestros dias por M. Villemain: « Entonces Fulco empezó á hablar de Nuestro Señor Jesucristo por Francia y los países circunvecinos, y tened todos por muy cierto que Nuestro Señor hizo muchos milagros por él.... » Y lo que sigue, que todo es maravilloso.

El sacerdote, que hace prodigios para reunir los pueblos fieles, los hace tambien para purificar á los pueblos divididos. El mismo M. Sismonde de Sismondi, aunque protestante, recuerda, entre tantos otros, un « Juan de Vicencio, que reunia hasta cuatrocientas mil almas en una llanura de Padua, y les hacia abjurar sus odios y sus discordias civiles. »

El clero, en general, ha hecho mas que ser Rey ú Hombre de estado; ha educado primeramente y ha dirigido luego, de lejos ó de cerca, desde el tribunal de la penitencia ó desde el púlpito, á los reyes, á los hombres de estado y á cuantos rodean el trono. Testigo la escena antidramática, ó mas bien eminentemente dramática, que ocurrió en Versalles en el siglo de Luis XIV ¹.

Y aquel Marduel, ilustre cura de San Roque, que

¹ M. Hebert, célebre cura de Versalles, nunca quiso participar de los placeres que proporcionaban á las señoritas del convento ó sea colegio real de Saint-Cyr las representaciones de tragedias de asuntos sagrados. En una asamblea de damas de la caridad, asambleas á que asistia madama de Maintenon con suma regularidad, la conversacion, antes de la conferencia, recayó sobre la tragedia de

tan bien y con tanto valor juzgó toda la revolución: — « Acaso se ha olvidado que, en 1789,

Ester *, exajerando la lisonja los elogios que concedia la verdad. Aguardaba el cura apesadumbrado el momento de hablar. Citó madama de Maintenon, con ademán satisfecho, los nombres de todos los religiosos que habian sido espectadores de las últimas funciones ó que habian solicitado serlo: — Vos solo, añadió dirigiéndose al cura, no habeis visto esa tragedia, y espero que pronto asistireis á ella. » — M. Hebert respondió con una profunda reverencia: — « Desearia, añadió madama de Maintenon, mirando á M. Hebert, ir hoy en tan buena compañía. » — « Ruegoos que me dispenseis, repuso el cura, y comenzó su exhortacion.

Acabada esta, reconviniéron las señoras de Chevreuse y de Bauvilliers al cura por aquel desaire público. — « Habeis, le dijeron, mortificado á madama de Maintenon. Asistir á *Ester*, es un favor muy solicitado, y cuando os convida, rehusais con el tono mas desaprobador. Así lograreis que no se tenga generalmente la misma confianza en vos: pasareis por intolerante, sereis temido como el censor de los obispos y perdereis un crédito util á vuestro celo. » — « Mis razones, interrumpió M. Hebert, no son vanos escrúpulos; yo os las espondré y la misma madama de Maintenon las juzgará: si me condena, me declararé vencido. »

Aquella misma noche, le dijo: « Vos conoceis, señora, el respeto que os profeso, pero tambien sabeis cuanto declamo en el púlpito contra las funciones teatrales. *Ester* no está comprendida en esa proscripcion. — ¿Pues por qué, interrumpió madama de Maintenon, rehusais oirla? — El pueblo, repuso el cura, no sabe la diferencia que vá de esa tragedia á otras, y si asisto á ella, dará mas crédito á mis acciones que á mis palabras. La reputacion de un ministro de Jesucristo es cosa demasiado delicada para sacrificarla á la complacencia ó á la curiosidad. Decidme; ¿creeis que les esté bien á los sacerdotes asistir á representaciones ejecutadas por don-

* Sabido es que Racine escribió esta obra maestra para ser representada en Saint-Cyr. — N. del T.

M. Bailly, *maire* de París, instando al señor cura de San Roque para que prestase el juramento, pro-

cellas lindas, amables, y estarlas contemplando dos horas seguidas? ¿No es eso esponerse á tentaciones? Muchos cortesanos me han confesado que escita mas vivamente sus pasiones la vista de esas niñas que la de las cómicas de profesion; la inocencia de las vírgenes es un atractivo mas peligroso que el libertinage de las prostitutas. El vicio lo profana todo. — Pero á lo menos, le dijo madama de Maintenon, supongo que no reprobais esas diversiones tan útiles á la juventud. — Yo creo, respondió, que debieran prescribirse de toda buena educacion. Vuestro principal objeto, señora, es inspirar á vuestras alumnas una gran pureza de costumbres, — ¿y no se destruye esa pureza esponiéndolas en un teatro á las ansiosas miradas de toda la corte? Así se les quita aquel modesto recato que las retiene en el deber. ¿Temerá una doncella hallarse cara á cara con un hombre despues de haberse presentado con desfachatez delante de muchos? Los aplausos que los espectadores prodigan á la hermosura, al talento de esas jóvenes, les inspiran orgullo; yo mismo, yo que ejerzo un ministerio que combate todas las pasiones, no puedo eximirme de la vanidad de predicar delante de mi soberano; y ¿quereis que se preserven esas niñas de una vanidad tan natural? — Sin embargo, dijo madama de Maintenon, siempre se han autorizado esos ejercicios en los colegios. — Pero no se infiere de ahí, replicó el cura que sean igualmente lícitos en los colegios de señoritas. Los muchachos estan destinados á empleos que les obligarán á hablar en público; un letrado, un eclesiástico, un militar necesitan igualmente del ejercicio de la declamacion. Las mugeres están destinadas al recojimiento, y su virtud es ser tímidas, su gloria ser modestas. Y no hablo ahora del tiempo que absorben los papeles que hay que aprender de memoria, de las distracciones que ocasiona el encanto de los versos, del orgullo de los que representan, de la envidia de las que no tienen papel, de los modales afectados que toman en la escena y de que no se desprenden en la sociedad. — de mil cosas, en fin, contrarias á vuestro establecimiento. Réstame solo decir una palabra: todos los conventos tienen fijos los ojos en Saint-Cyr, y todos seguirán el ejemplo que este diere.

curaba intimidarle con el furor del pueblo. — « La fuerza armada, respondió M. Marduel, asciende en París á treinta mil hombres, y nó se necesitaba tanta hace algun tiempo para conservar el orden público; pero esa numerosa tropa no ha podido comprimir siquiera á doscientos asesinos que penetraron en los Carmelitas, en San Fermin y en las cárceles. Trescientos hombres con la religion hicieron mas entre cincuenta mil salvages de la California que treinta mil soldados y la autoridad de la Asamblea Constituyente, los tribunales, la fuerza pública, en este París que es hoy el centro de la irreligion y del cisma. »

La única gloria que no ha adquirido el clero es la mas facil y la mas comun, la que no ha querido, la que le horroriza como la sangre, porque es la mas terrible para la humanidad; — la gloria militar¹.

Se cansarán de las piezas piadosas, y representarán piezas profanas: convidarán á esas funciones á gente lega, y en todas las casas religiosas, en vez de formar novicias, se formarán cómicas. — Convento en todo eso, dijo madama de Maintenon, pero san Francisco de Sales es menos rígido que vos, pues permite á sus hijas que representen piezas de devocion — Es cierto, repuso M. Hebert, pero ese grande obispo no se las permite sino entre ellas, rara vez, y en el interior del monasterio. En la Visitacion, esas representaciones son un entretenimiento privado; en Saint-Cyr, son un espectáculo público. »

¹ Los caballeros de Malta, los del Toison de Oro, etc., etc., especie de sacerdotes de *segunda magestad*, hicieron en su tiempo y sazón, prodigios de valor y de constancia.

Considerados como moralistas, los eclesiásticos preceden y sobrepujan evidentemente á los legos, aun á los que han hecho á su imagen y á aquellos á quienes ellos inspiran; y los tratados *De la inmensa misericordia de Dios*, de Erasmo, *De la Constancia*, de Justo Lipsio; los mas escelentes escritos de Bernieres de Lonvigny ó de Benombes de Saint Geniés, y sobre todo los *Ensayos*, de Nicole, las *Máximas*, de La Rochefoucauld, y los *Carácteres*, de Labruyère, se eclipsan seguramente ante los mas simples extractos de la *Moral* de los Padres, los *Deberes del Justo*, de San Basilio; el *Menosprecio del mundo*, de San Eucherio, admirado por Erasmo; las *Meditaciones sobre la Vida de Jesucristo*, de San Buenaventura, admirado por Gerson, y para no citar otros mil, ante la *Imitacion de Jesucristo*, de Gersen; la *Guia de pecadores*, de Fr. Luis de Granada; la *Paciencia*, de Carranza; el *Combate espiritual*, de Escupoli; la *Perfeccion*, de Granada; la *Vida devota*, el *Amor de Dios*, y las *Cartas*, de San Francisco de Sales; el *Arte de bien morir*, de Belarmino; la *Eternidad desgraciada*, etc., de Drexelio; las *Elevaciones*, de Bossuet; los *Salmos*, del P. Berthier; y todas las *Obras morales*, de Dupont, de Saint Jure, de Surin, de Nouet, de Fenelon, de Boudon, de Liguori, del príncipe de Hohenlohe, del presbítero Carron¹, del baron de Geramb, etc.

¹ Bastarian, para hacer amar y respetar á este ilustre sacerdote,